

Tropos identitarios en la frontera México / Estados Unidos

Pablo Vila

Universidad de Texas

Introducción

En los últimos años, el concepto de identidad ha sido objeto de uno de los más productivos desafíos en las ciencias sociales. Como nos dice Stuart Hall, “El concepto de identidad [...] es un concepto [...] que está operando ‘borrándose’, en el intervalo entre la reversión y la emergencia; una idea que no puede ser pensada como se lo hacía antes, pero sin la cual ciertas cuestiones claves no pueden ser ni siquiera pensadas” (Hall, 1996: 2). A lo que hace mención el autor jamaicano es a la propuesta de Derrida de poner ciertos conceptos clave *under erasure* (Derrida, 1981), indicando de esta manera que los mismos, en su forma original, ya no nos sirven para pensar ciertos fenómenos sociales. Así, desde diversas disciplinas, que van de la filosofía al feminismo, la noción de una identidad integral, originaria y unificada ha sido fuertemente criticada. En su lugar, los conceptos de *identidad e identificación* son descriptos como:

“...un proceso de articulación, de sutura, una sobredeterminación, no una subsumisión [...]. Como todas las prácticas significantes, está sujeta al juego de la *differance*. Obedece a la lógica del más-de-uno. Y dado que como proceso opera a través de la diferencia, implica un trabajo discursivo, el unir y marcar límites simbólicos, la producción de ‘efectos de frontera’. Requiere lo que se deja afuera, lo afuera constitutivo, para consolidar el proceso.”

(Hall, 1996: 3)

Por lo tanto, esta nueva manera de entender las identidades se aleja de las teorías que pensaban la identidad como algo que un individuo tiene de una vez y para siempre. En su lugar, propone entenderla como una construcción a través del tiempo, que es constantemente negociada en relación a los Otros en un proceso en el cual sus contornos son continuamente definidos y redefinidos.

En este sentido, como afirma Bhavnani, “cada individuo está localizado en y opta por un número de diferentes (y a veces conflictivas) identidades, dependiendo de los aspectos sociales, políticos, económicos e ideológicos de su situación” (Bhavnani y Phoenix, 1994: 9).

Si por un lado estoy en completo acuerdo en que la identidad no es un “estado interno esencial”, por otro lado tampoco pienso que sea el producto exclusivo de poderosos discursos externos, a la Althusser (1971) o a la Foucault (1970, 1972, 1981). Por el contrario, en mi entender las identidades se forman, en parte, a partir de un complejo entrecruzamiento de categorías, metáforas y narrativas identitarias acerca de nosotros mismos y los Otros a través del tiempo. Mi manera de entender el comportamiento de los actores sociales asume que la acción social se hace inteligible sólo cuando reconocemos que tales comportamientos son guiados por el tipo de relaciones sociales en las cuales dichos actores participan, y no para los intereses que nosotros les imputamos. Adicionalmente, la gente le da sentido a dichas relaciones sociales a través de las narrativas, sistemas clasificatorios y metáforas que utilizan en su vida cotidiana.

¿Cómo afecta este cambio en la idea de identidad la manera de entender los procesos de construcción identitaria en contextos de frontera? Lo afecta, y de manera más que rotunda. Por un lado, este cambio requiere que ya no hablemos más de “identidad” sino de “identidades”, ya que la nueva perspectiva teórica implica evitar la conceptualización de algún tipo de identidad unificada o centrada. Como dice Judith Butler: “La pluralización desbarata la ontología social del sujeto [...] cuando [...] la relacionalidad es entendida no solamente como aquello que persiste entre sujetos, sino como la imposibilidad interna del sujeto como un tipo de ser discreto y unitario [...]. Leer las identidades tal como son situadas y formadas en la relación de las unas con las otras significa moverse más allá de los requerimientos heurísticos de la identidad en sí misma” (Butler, 1995: 446).

Adicionalmente, e íntimamente ligado a lo anterior, también significa prestar mucha atención a los diferentes otros implicados en todo proceso de construcción identitaria. En este sentido, el otro puede ser pensado como “suplemento”, es decir como colocado fuera del campo de la subjetividad, como puro exceso; o como “negatividad”, es decir el otro localizado dentro del campo de la subjetividad pero jugando el papel de lo exótico constitutivo. Como dice Grossberg: “En la primera [forma de pensar al otro, la del suplemento], el subalterno constituye el límite de la posibilidad misma de la subjetividad; en la última [la de la negatividad], se le puede conceder al subalterno una subjetividad incomprensible” (Grossberg, 1996: 90).

Este artículo intenta develar el complejo proceso de construcción identitaria que subyace en la manera en que mexicanos, mexicano-americanos, afro-americanos y anglos se perciben unos a los otros en el ámbito multicultural de la frontera entre Estados Unidos y México, específicamente en el área de El Paso / Ciudad Juárez. Por motivos de espacio, sólo me concentraré en analizar el uso de metáforas por parte de los actores fronterizos en su proceso de construcción identitaria.

El análisis se basa en una extensa serie de entrevistas con pequeños grupos distribuidos por clase, género, edad, nacionalidad, etnia, religión y tiempo de migración. El trabajo de campo se extendió entre septiembre de 1991 y junio de 1996, y se realizaron 254 entrevistas grupales, en las que se entrevistaron 932 personas a ambos lados de la frontera. Cada entrevista estuvo estructurada alrededor de la discusión de fotografías de la región fronteriza temáticamente organizadas. A través del análisis de dichas entrevistas he identificado las marcas culturales que los distintos actores fronterizos utilizan para identificar a los otros y, de esa manera, definir sus propias identidades. Entre dichas marcas culturales, el uso de metáforas ocupa un lugar prominente¹.

¿Cruzar la frontera o las fronteras? ¿Facilitar su cruce o dificultarlo?

Mi acercamiento a la experiencia fronteriza y multicultural difiere en varios aspectos del de autores que, como Gloria Anzaldúa y Renato Rosaldo, han descrito la frontera México / Estados Unidos usando las metáforas del "cruce de fronteras", "diásporas" y otros tipos semejantes (Rosaldo, 1989; Anzaldúa, 1987). En primer lugar, porque alguno de estos autores (sobre todo Gloria Anzaldúa) tienden a homogeneizar la frontera, como si hubiera una sola frontera México / Estados Unidos, una única cultura fronteriza o un único proceso de hibridación. Por el contrario, yo pienso que en realidad podemos hablar de varias fronteras México / Estados Unidos, y que cada una de ellas ofrece la posibilidad de un proceso de construcción identitaria diferenciado. En este sentido, podría fácilmente identificar al menos cuatro corredores fronterizos completamente distintos: Tijuana / San Diego / Los Angeles; la frontera Sonora/Arizona; Juárez / El Paso y la frontera Brownsville/Matamoros. Cada

1. Aquellos lectores interesados en conocer cómo los sistemas clasificatorios y las narrativas identitarias ayudan en el proceso de construcción de identidades en la zona, deberán consultar otros trabajos que he escrito al respecto (Vila, en prensa, 1998, 1997a, 1997b, 1996).

uno de estos espacios fronterizos se caracteriza por tener procesos muy distintos de migración nacional e internacional, además de diferir sustancialmente en su composición étnica y en las prácticas políticas que los caracterizan. Estas diferencias se entrelazan complejamente en procesos muy distintos de construcción identitaria a ambos lados de la frontera.

En segundo lugar, pienso que si por un lado el proceso de globalización e hibridación ha llegado para quedarse –donde capital, gente y cultura se movilizan constantemente, permitiendo a los actores sociales el anclaje de sus identidades en las nuevas entidades que tal proceso va creando–, por otro lado mucha gente se siente amenazada por la idea de abandonar un tipo de identidad y cultura (ser americano, mexicano, etc.) que las ha identificado por generaciones y en las cuales han invertido esfuerzo, deseos y aspiraciones. De esta manera, los mexicanos están sumamente preocupados porque *McDonald's* está desplazando muchas taquerías en Juárez, al mismo tiempo que los estadounidenses sienten que su cultura está amenazada porque la salsa mexicana ha desplazado al ketchup en varios Estados de la Unión, o porque en alguna de sus misiones al espacio, la tripulación del transbordador llevó tortillas en lugar de pan, ya que las tortillas no producen migas, algo a tener muy en cuenta en contextos no gravitatorios. El problema es que ambos procesos están ocurriendo simultáneamente, y diferentes actores en la misma región (por diferentes razones) reaccionan de manera distinta.

En este sentido, pienso que la metáfora del “cruce de fronteras” que autores como Anzaldúa están proponiendo es correcta, pero también parcial. Me parece que habría que complementarla con otra metáfora que se refiriera al “reforzamiento de fronteras” o algo parecido, ya que mucha gente no tiene ninguna intención de cruzar dichas fronteras, o de vivir “en fronteras y márgenes, manteniendo intacta nuestra siempre cambiante y múltiple identidad e integridad” (Anzaldúa, 1987: 1). Por el contrario, mucha gente quiere reforzar dichas fronteras. En busca de tal tipo de lectura múltiple de la situación fronteriza, he encontrado los distintos tipos de metáforas que discutiré en este artículo. Alguno de estos mecanismos lingüísticos ya están utilizando el modelo de la hibridación propuesto por Anzaldúa, Rosaldo y García Canclini (1990), un modelo más ligado a la lógica derrideana del suplemento, de la *differance*, que a la lógica identitaria modernista. Pero otros usos de categorías, metáforas y narrativas buscan reforzar los límites rígidos, las estrictas distinciones categoriales, la lógica identitaria occidental del “éste o aquél” que está en las antípodas de la manera de pensar híbrida o mestiza. En este sentido, pienso que el hermoso texto de Anzaldúa es la utopía que tenemos que mirar y por la cual luchar en la frontera. Una utopía que, dado que la identidad es aquella

extraña sedimentación de pasado, presente y futuro, ya está presente en algunos actores fronterizos, pero claramente ausente en muchos otros.

Por todo esto me parece que, para poder explicar alguna de las peculiaridades de la frontera entre Ciudad Juárez y El Paso, es necesario complementar las metáforas que hoy día son hegemónicas en la teoría de fronteras (*crossing borders and beyond*) con otro tipo de tropo que señale aquellas situaciones en las cuales las personas no desean cruzar fronteras. Si no, se hace muy difícil entender por qué en una ciudad como El Paso, cuya población es 70 % hispana, entre un 80 % y un 90 % de sus habitantes apoyó la Operación Bloqueo², un operativo implementado por la *border patrol* (la patrulla fronteriza) para controlar la inmigración indocumentada mexicana. O por qué una encuesta llevada a cabo por *El Paso Times* (2 de abril de 1995) mostró que un 62 % de los paseños apoyaría la implementación de una ley similar a la Iniciativa de Ley 187 de California (que niega todo tipo de asistencia médica, educación y beneficios a los inmigrantes indocumentados). O por qué en abril de 1996, cuando la mayoría de las ciudades de Estados Unidos con alta población mexicana organizaban multitudinarias manifestaciones para protestar por el apaleamiento de dos inmigrantes indocumentados en Riverside, en El Paso no sólo no hubo protesta alguna, sino que en la misma semana los paseños eligieron a Silvestre Reyes (el jefe de la Patrulla Fronteriza e inventor de la Operación Bloqueo) como su representante demócrata para las elecciones congresionales. Reyes le ganó a su oponente José Luis Sánchez por más del 15 % de los votos en la primera vuelta, para volverle a ganar en el *ballotage*, a pesar de que Sánchez contó con todo el apoyo de la maquinaria partidaria para su candidatura. Reyes basó toda su campaña en su condición de héroe de la ciudad, argumentando que fue él quien “finalmente detuvo la inmigración indocumentada de mexicanos”.

A nivel de la teoría de frontera, el uso de metáforas es crucial para la construcción de la imagen de frontera que se quiere proponer. Los sostenedores de la metáfora del “cruce de fronteras” enfatizan el potencial creativo y cuestionador de las estructuras dominantes que tiene la vida fronteriza, mientras que aquellos que sostienen la metáfora del “reforzamiento de fronteras” tienden a enfatizar el potencial xenofóbico que toda interacción fronteriza acarrea. Pero también a nivel del discurso cotidiano las metáforas son crucia-

2. Una encuesta del diario *El Paso Times* de octubre de 1994 mostró que el 85 % de los paseños apoyaban la Operación Bloqueo. Si se divide la muestra por etnicidad, los resultados muestran que un 78 % de los hispanos y un 91 % de los no hispanos favorecían el bloqueo (*El Paso Times*, 30 de octubre de 1994).

les en los procesos de construcción de sentido. Así, aquellos actores fronterizos que quieren enfatizar su similitud con los habitantes del otro lado de la línea tienen a su disposición una serie de tropos que metafóricamente marcan tal similitud. En este artículo analizaré uno de tales tropos, el de las “ciudades hermanas”. Por otro lado, aquellos actores fronterizos que quieren enfatizar el sentido de otredad que sienten en relación con las personas allende la frontera, tienden a utilizar una serie de tropos que marcan tal alteridad. Aquí también analizaré sólo una de tales figuras del lenguaje, la que habla de la frontera México / Estados Unidos como el “encuentro entre el Primer y el Tercer Mundo”.

Identidades complejas en contextos multiculturales

En relación a los procesos de construcción identitaria, no es nada fácil vivir en la frontera entre Estados Unidos y México. En el lado mexicano de la misma, porque la influencia estadounidense es mal vista por muchos habitantes del interior de México, que sostienen que los juarenses se han “agringado”. En el lado estadounidense de la frontera, porque si por un lado vivir cerca de México les permite a muchos mexicano-americanos mantenerse en contacto con sus raíces, por otro lado la presencia de México a la vuelta de la esquina es un continuo recordatorio de la pobreza y la corrupción que mucha gente identifica con México. Por eso en este artículo quiero mostrar cómo, bajo ciertas circunstancias, la presencia cercana de México, el origen de la identidad mexicano-americana, en vez de ser un capital simbólico valuado sobre el cual construir una identidad social valorada, puede ser una desventaja para aquellos mexicano-americanos que construyen sus identidades no sólo diferenciándose de los anglos, sino también construyendo a los mexicanos como a los Otros.

La dificultad en el proceso de construcción identitaria en la frontera de Ciudad Juárez y El Paso se hace evidente cuando notamos que existe una marcada identidad fronteriza en el lado mexicano de la frontera, mientras que la gente del lado estadounidense no tiene una categoría similar para referirse a sus identidades. Yo pienso que tal identidad es posible en Juárez por dos razones. En primer lugar, porque los juarenses utilizan su proximidad con Estados Unidos para darle cierto “lustre” a su identidad social, puntualizando cuán ventajoso es vivir al lado del país más poderoso del mundo, con todas sus oportunidades de trabajo y su inmensa oferta de bienes. En segundo lugar, porque los mexicanos en general utilizan prioritariamente un sistema clasifica-

torio basado en el criterio organizador de región para entender comportamientos y actitudes. Ese sistema regionalista les permite anclar un rótulo identitario en un área geográfica específica como lo es la frontera. Esta combinación de factores permite entender por qué el rótulo fronterizo es muy popular en la frontera norte de México, pero no es muy común oír hablar de “fronterizos” en la frontera con Guatemala, por ejemplo.

En el lado estadounidense de la frontera, por el contrario, no sólo no existe ningún “prestigio” en reclamar la cercanía de un país del Tercer Mundo como parte de la identidad paseña o tejana, sino que los estadounidenses basan su identidad en un sistema clasificatorio basado en la etnia más que en la región. De ahí que no se escuche en El Paso que la gente plantee “I am a frontiersmen or bordermen or a borderite”.

Una característica peculiar de la frontera entre El Paso y Ciudad Juárez es que las personas, al moverse de un país a otro, también están cambiando de un sistema clasificatorio a otro, al tiempo que tienen un lugar asegurado en ambas taxonomías. En este sentido, al cambiar su país de residencia, los inmigrantes se están exponiendo a un nuevo juego de expectativas acerca de sus actitudes y comportamientos, expectativas que deben tener en cuenta en sus acciones cotidianas, construyendo así una nueva identidad que tenga sentido en su nuevo contexto social.

Imaginemos por un instante el caso de un residente de Juárez nacido y criado en la ciudad de México. En el sistema clasificatorio regional de México, esta persona recibe el rótulo de “chilango”. La connotación de la categoría y las narrativas y metáforas que se usan para hablar de los chilangos los caracterizan como personas emprendedoras, muy pícaras, que tratan siempre de sacar ventaja. Sin embargo, al cruzar la frontera y establecerse en Estados Unidos, el imaginario chilango entra al sistema clasificatorio étnico de Estados Unidos, y se convierte para muchos estadounidenses (para los cuales la categoría regional chilango no tiene ningún sentido) en un mexicano a secas, en un mexicano-americano (si vive en el sudoeste), o en un hispano (si vive en otras regiones de Estados Unidos). De esta manera, el emblemático chilango no sólo es apareado indiscriminadamente con los ciudadanos mexicanos provenientes de diversas regiones del país, aun con aquellos fronterizos que no muchos años atrás pegaban en sus autos calcomanías que decían: “Haga patria, mate un chilango”, sino también con personas provenientes de Cuba, Puerto Rico, Sudamérica, etc. Pero nuestro individuo no solamente adquiere un nuevo rótulo, sino que con tal rótulo también adquiere una nueva identidad a los ojos de los Otros, porque su nuevo nombre viene acompañado de una serie de presunciones acerca de quién es y cómo se comporta, presunciones que, en

el caso de las expresiones de cultura popular de Estados Unidos, coloca al "ex-chilango" ahora convertido en "Hispanik" o "Mexikan American" en las antípodas de lo que de él se pensaba en México. Así, ya no es más percibido como "aventado" o "pícaro", sino que muchos ven en él a una persona poco ambiciosa y perezosa, dado que tales son los estereotipos del hispano que reiteradamente aparecen en las narrativas de sentido común de muchos estadounidenses. Y el problema es que el emblemático chilango, de alguna u otra manera debe responder a esta imagen que le es reflejada por los Otros, reconstruyendo así su identidad individual y social.

Lo problemático que significa vivir esta transición entre un sistema clasificatorio y otro puede ser observado en una carta enviada al principal diario de El Paso:

"Los mexicanos vienen a los Estados Unidos y nos sacan todo, cosas por las que hemos trabajado muy duro para tener [...]. Yo nací en México, pero batallé para venir y quedarme aquí [...]. Yo nací en México y conozco la manera en que la mayoría de la gente de allá piensa. Esa gente no sabe nada sobre lo que es la responsabilidad".

(Magdalena García, Carta de Lectores, *El Paso Times*,
26 de diciembre de 1992, traducción propia)

La pregunta acerca de quién soy yo o quiénes somos nosotros nunca está separada de las narrativas y las categorías que construyo acerca de los Otros, ni tampoco de las narrativas y categorías que los Otros me aplican a mí (o, más apropiadamente, de cómo yo pienso que los otros me ven a mí). El movimiento de un lado de la frontera al otro suma un nuevo juego de espejos en los cuales reflejar nuestras identidades, al tiempo que la cercanía de México asegura la continua presencia de los espejos tradicionales que daban cuenta de la identidad mexicana. Así, la frontera ofrece múltiples espejos a partir de los cuales se pueden generar imágenes, las cuales pueden ser utilizadas para categorizar y narrar a los Otros y a nosotros mismos. En este sentido, por ejemplo, es muy distinto ser un México-americano que vive en Chicago que definirse como tal y vivir en El Paso. La diferencia esencial es que México (el país, el origen de la etnicidad mexicano-americana) está allí, literalmente visible desde El Paso. Así, para aquellos mexicano-americanos que viven en el lado estadounidense de la frontera, el origen de su diferencia está siempre presente, como una especie de recordatorio permanente de tal diferencia. Así, aquellos mexicanos que viven en la frontera tienen que lidiar simultáneamente con el sentido de su identidad como etnia y como nacionalidad.

Tropos de similitud y diferencia en el proceso de construcción identitaria

Pero si por un lado la gente se entiende a sí misma y a los Otros en términos puramente categoriales, y usa constantemente las taxonomías sociales discursivamente connotadas para describir actitudes y comportamientos (mexicano, estadounidense, chicano, México-americano, chilango, sureño, norteño, juarense, fronterizo, regiomontano, tapatío, tejano, etc.); por otro lado continuamente utiliza tropos con el mismo fin. En este sentido, si como vimos más arriba el rótulo fronterizo sólo existe en el lado mexicano de la frontera y la connotación del rótulo básicamente plantea cuán parecidos se sienten los juarenses en relación a los paseños, no es por casualidad que muchos juarenses (sobre todo si son de clase media) predominantemente usen tropos de similitud en sus discursos cotidianos. Por otra parte, la ausencia de tal tipo de interpe-lación fronteriza y los sentimientos de distancia que muchos paseños sienten en relación a los juarenses no están divorciados del continuo uso de tropos de diferencia por parte de estos últimos. En este artículo quiero avanzar un breve análisis de dos tropos muy utilizados por mis entrevistados. El primero es el de las “ciudades hermanas”, que es usado mayormente en Ciudad Juárez por entrevistados de clase media. El segundo es el de “Primer Mundo vs. Tercer Mundo”, que es empleado mayormente en El Paso.

El uso que hago de los tropos para entender temas de identidad es parte de una tradición bien establecida en las ciencias sociales, en la que antropólogos como Lévi Strauss (1966), James Fernández (1986, 1991), Sapir (1977), Crocker (1977), Michelle Rosaldo (1972), Sherry Ortner (1973), Victor Turner (1974) y Quinn (1991), así como lingüistas de la talla de Jakobson y Halle (1956), Mark Johnson (1987) y George Lakoff (1987) han intentado descifrar la construcción de sentido a través del análisis de diversos tropos lingüísticos, especialmente metáforas. Como sostiene Friedrich: “En términos del uso del lenguaje, la mayoría del tiempo los tropos lingüísticos son los pequeños y excelentes patrones preestablecidos que canalizan, influncian y determinan de manera diversa la manera en que el hablante de la lengua interrelaciona unos con los otros los elementos del lenguaje por un lado, e interrelaciona el lenguaje en sí mismo con el resto del mundo, por el otro” (Friedrich, 1991: 56).

Siguiendo a Burke (1966), yo entiendo que toda acción simbólica (incluyendo la predicación metafórica) tiene la capacidad de conferir identidad, “esto es, un rótulo a personas, situaciones, o cosas que de otra manera no serían concebidas con certeza” (Fernández, 1991: 1). En este sentido, las metáforas están relacionadas con el uso de categorías para interpolar actores

sociales que hemos discutido más arriba. Por otro lado, las metáforas en particular y los tropos en general aparecen prominentemente en las narrativas que la gente usa para entenderse a sí misma y a los Otros. Muchas veces, los tropos enmarcan determinadas narrativas y unen inexorablemente el comienzo de una narrativa con su conclusión. De esta forma, confieren a la narrativa una coherencia estructural y sugieren de qué manera se ligan los distintos elementos (Riessman, 1993: 44). Pero otras veces, determinadas tramas narrativas “requieren” la presencia de determinados tropos y no de otros para establecer su coherencia interna.

El análisis que hago del uso de tropos en la construcción de identidades en la frontera sigue el modelo de “politropos” desarrollado por Paul Friedrich (1991). Este autor identifica cinco tipos de tropos o macrotropos: imaginísticos, módulos, formales, tropos basados en la contigüidad, y analógicos. Estos “macrotropos no son excluyentes entre sí; por el contrario, cada [...] conversación depende –al menos implícitamente– de la colaboración de todos ellos en un entrelazamiento sinérgico simultáneo dentro de cada frase y cada línea [...]. Todos los tropos también interactúan constantemente con situaciones sociales, valores culturales, etc.” (Friedrich, 1991: 23-24). Lo que Friedrich quiere evitar con su teoría de los politropos es un error muy común en lingüística: hacer automáticamente una equivalencia entre los tropos o figuras del lenguaje y el más obvio de tales tropos: la metáfora. En este sentido, si por un lado el tropo de las “ciudades hermanas” es una metáfora *strictu sensu*, el tropo de “Primer Mundo vs. Tercer Mundo” es un tropo de contigüidad, más precisamente, un inventario. De esta manera, si los tropos de contigüidad en general refieren a contigüidad en el tiempo, espacio, y otras dimensiones tales como contextos sociales y textuales, en los inventarios en particular, “los símbolos de la misma clase son yuxtapuestos en una hilera. Sin embargo, los inventarios no sólo incluyen yuxtaposiciones sintácticas, sino la asociación de los referentes en términos de espacio, tiempo, función, etc.” (Friedrich, 1991: 35). Adicionalmente, tanto las categorías como los tropos de inventario que estamos analizando aquí tienen la misma potencialidad de construir semejanzas o diferencias al mismo tiempo.

Por otro lado, el tropo de las “ciudades hermanas” es una metáfora o, según la terminología de Friedrich, un tropo de analogía. Como todas las metáforas, la de las “ciudades hermanas” no incluye todas las similitudes lógicas o reales que ligan a los dos dominios que están siendo comparados, sino sólo aquellas que son culturalmente apropiadas y que se ajustan a la particular narrativa del actor social que las utiliza. En este sentido, si la metáfora puede ser definida como aquella figura lingüística en la que una cosa es equi-

parada con otra al ser referida como siendo la misma (Goodman, 1978), la metáfora de las “ciudades hermanas” establece una analogía entre ciudades y familias. Así, esta metáfora diseña un tipo particular de relación de hermandad proveniente del dominio de origen (la familia), en relación al dominio meta de las ciudades.

Ciudad Juárez y El Paso como ciudades hermanas

Empezando de sur a norte, quiero plantear aquí que, como vimos más arriba, muchos juarenses de clase media se consideran a sí mismos como una versión muy especial de mexicano, altamente influido por Estados Unidos y muy cercano a sus “primos” allende la frontera. Como una de nuestras entrevistadas expresó:

ABIGAIL: —¡Nosotros, a ambos lados de la frontera somos mexicanos! Sólo que... un poquito diferentes... Más sin embargo también nosotros somos diferentes. Yo considero que la frontera aquí... es diferente al resto de la república. Es lógico, ¡estamos influenciados por los Estados Unidos!... Somos dos ciudades que estamos juntas, que tiene que haber... cierto intercambio, porque estamos unidas, porque... es la misma gente...

De acuerdo a aquellos entrevistados que, como Abigail, usan este tipo de narrativa, Juárez y El Paso son en realidad una misma ciudad dividida por un río. Este tipo de entrevistado no considera a Juárez como muy diferente de El Paso; al contrario, considera que las dos ciudades son muy semejantes. Por supuesto, este tipo de narrativa no olvida las tremendas diferencias económicas que separan a las dos ciudades (el punto nodal básico de la narrativa opuesta que vamos a discutir cuando veamos el lado estadounidense de la frontera), sino que la trama argumental de estos entrevistados elige enfocarse más en las afinidades que Juárez tiene con El Paso, particularmente en términos de población y cultura, que en las diferencias económicas.

Este tipo de narrativa puntualiza que, a ambos lados de la frontera, la mayoría de la población es de origen mexicano; que los juarenses están fuertemente influidos por los estadounidenses, mientras que estos últimos tienen mucha influencia mexicana; que el castellano se habla a ambos lados de la línea divisoria, etc.

Esto fue lo que dijo una mujer en una de las entrevistas que tuvimos con un grupo de mujeres profesionales en Juárez:

ESPERANZA: —Yo vivo en Juárez y El Paso... como si fuera la misma ciudad. Yo empiezo a marcar la diferencia de Chihuahua hacia el sur y de Las Cruces hacia el norte... si cruzo el puente... entro al centro y veo mucha gente mexicana. Llego a UTEP³ y hay mucha gente mexicana; voy a las tiendas, hay mucha gente mexicana, y si me quiero sentir que estoy entre la misma gente, me puedo sentir en ciertos momentos... No puedo evitar hacer comparaciones... Yo estuve en Las Cruces en un tiempo y noté mucha diferencia en el lenguaje. Aquí pues no noté diferencias de lenguajes... Cuando estoy diciendo que Juárez y El Paso son las mismas ciudades, es más bien por la gente, es más bien cómo nos encontramos, nos vemos, el idioma...

Según esta entrevistada, no sólo Juárez y El Paso son “la misma ciudad”, sino que se especifica claramente dónde comienza la “diferencia” con los otros: en Ciudad Chihuahua hacia el sur y en Las Cruces hacia el norte. Así, la construcción del “nosotros los mexicanos fronterizos” en este tipo de narrativa contrasta a la gente que vive en ambas ciudades fronterizas no sólo con la gente que vive en el interior de Estados Unidos (Las Cruces está a 60 km de El Paso), sino también con los otros mexicanos que no son fronterizos (Ciudad Chihuahua se halla ubicada a 350 km de Juárez). En otras palabras, para Esperanza aquellos “mexicanos más parecidos a nosotros los mexicanos fronterizos” son los paseños de origen mexicano, no los mexicanos que habitan la capital del Estado, Ciudad Chihuahua. En este sentido, este tipo de identidad mexicana fronteriza claramente se diferencia de ambos, los estadounidenses y los mexicanos que no viven en la frontera.

Los otros participantes en la misma entrevista todavía fueron un poco más enfáticos en su retrato de Juárez y El Paso como ciudades hermanas, ya que quisieron invocar una imagen de conexión total al plantear que entre las dos ciudades existe una suerte de relación simbiótica.

GRISSEL: —Estoy muy de acuerdo con Esperanza: hay una simbiosis muy importante entre Juárez y El Paso. Juárez no podría vivir sin El Paso, ni El Paso sin Juárez... están irremediamente juntas... Es raro quien no tenga familiares en El Paso y los de El Paso que tengan también la familia en Juárez. Eso es muy común...

3. La Universidad de Texas en El Paso, que tiene inscritos, más de 1000 estudiantes mexicanos. [Nota del editor].

MILAGROS: —Pues que están tan pegadas que ni debería haber puentes.

Un argumento muy similar fue usado por otros entrevistados en nuestra muestra. Esto fue lo que ocurrió en una entrevista que condujimos con un grupo de abogados juarenses, alguno de ellos altamente involucrado en la política de la ciudad.

GERARDO: —Ciudad Juárez y El Paso son una misma comunidad. Es muy difícil hablar de puro Ciudad Juárez o de puro El Paso. Yo entiendo esa característica que se da más en Ciudad Juárez / El Paso que en Tijuana / San Isidro o que en Reynosa / MacAllen. Aquí las ciudades son ciudades hermanas totalmente, los parientes, los familiares son... todos los juarenses que tenemos ya un tiempo aquí tenemos familiares en El Paso... y hemos decidido quedarnos a vivir aquí...

Según este tipo de narrativa, Ciudad Juárez / El Paso serían las únicas ciudades hermanas “reales” de la frontera, dado el intenso contacto familiar que existiría a través de la línea divisoria, algo que, de acuerdo con Gerardo, no ocurriría en otros lugares de la frontera. En este sentido, ambas ciudades serían “hermanas” en un sentido muy profundo, ya que alojarían a la misma familia en dos lugares diferentes, pero intensamente conectados. Y la metáfora de conexión es tan potente que hasta tiene una referencia física. Así, Gerardo no duda en identificar aquellos lugares de El Paso que en realidad son una continuación de México en territorio estadounidense:

GERARDO: —Tengo unas tomas características de El Paso, pues el Segundo Barrio es precisamente la unión de Ciudad Juárez con El Paso, la unión de México con Estados Unidos y que es más que una continuación de México, nada más que con... una moderación en el panorama, ¿no?... esa conexión geográfica de México con Estados Unidos...

Para algunos participantes de la misma entrevista, el sentimiento de cercanía con el otro lado de la frontera es tan importante que, aún reconociendo que Ciudad Juárez y El Paso pertenecen a países muy desiguales en términos económicos (uno es un país del Tercer Mundo y el otro uno del primero), no dejan de sorprenderse de cómo la gente a ambos lados de la frontera puede vivir vidas tan semejantes.

ESTHER: —No se puede decir que se puede separar una ciudad de la otra. Son dos ciudades hermanas. Lo único que las divide es un puente⁴... pero... o sea, se supone que El Paso es una ciudad de primera, porque nosotros somos los tercermundistas, y ¡son tan similares una y otra en la vida que llevan, en la continuidad que se está llevando...!

La metáfora de las ciudades hermanas también apareció (y con ella el sentimiento de contacto íntimo y cercanía que algunos entrevistados usaron para construir sus identidades fronterizas) en la entrevista que realizamos con la familia Figueroa, también de clase media. En dicha entrevista, Héctor, el padre, fue muy enfático en puntualizar que para él los habitantes de ambas ciudades son, en realidad, hermanos:

HÉCTOR: —Aquí nosotros, en Juárez, nos damos cuenta de que ambos países se necesitan. Pero ambos países también son orgullosos y no quieren dar a entender que se necesitan y que son vital el uno para el otro. Los que se encargan de demostrarse su amistad son los habitantes de ambas... en este caso Juárez y El Paso. Realmente, los hermanizados son los habitantes que procuran el bien común... ¿Por qué? Porque la economía está basada en las dos ciudades. Entonces, ¡qué bueno que ese entrelazamiento de manos existiera con los gobiernos! Pero cada quien piensa en su beneficio propio. Pero como les digo, al menos aquí, en Juárez y en El Paso, tanto los paseños como los juarenses se ayudan mutuamente... la relación entre los pueblos es estrecha, a pesar de que las autoridades pongan sus condiciones...

En este tipo de narrativa, la gente de Juárez y de El Paso dice lo que sus respectivos gobiernos todavía no se animan a reconocer: que ambas ciudades están ligadas por lazos muy intensos de hermandad y solidaridad.

En otras entrevistas, la metáfora de la "hermandad" fue mucho más focalizada. Se proponía que los fronterizos y los chicanos (no los paseños o los

4. Es interesante notar cómo la experiencia cotidiana de la frontera puede cambiar la significación metafórica de una palabra. Esto acontece con el uso que hace Esther de la palabra "puente", la cual en la mayoría de los casos se usaría para denotar conexión, no separación. Sin embargo, el cruzar el puente de la frontera entre México y Estados Unidos significa para los fronterizos una espera de hasta una hora y media, "demostrar" que uno está autorizado para ingresar al "gran país del norte", etc., todo lo cual hace que el puente, en vez de ser una estructura que facilita movimientos (sería mucho más difícil cruzar el Río Bravo/Grande si no hubiera un puente), sea vista como una estructura que los dificulta.

mexicano-americanos en general) son los que en realidad tienen lazos muy cercanos. Esto fue lo que aconteció en una entrevista que tuvimos con un grupo de estudiantes universitarios de Juárez. Estos estudiantes no tuvieron ningún problema en establecer un paralelo entre su identidad fronteriza y la experiencia de los chicanos que viven al otro lado de la línea:

ESTEBAN: —Incluso, el fronterizo y el chicano se parecen mucho en que ambos buscan una identidad cultural propia, no como lo hace, por ejemplo, la gente del norte, digamos de Chihuahua, de Hermosillo... En esos lugares, el caso es vivir... no se preocupan por buscar la razón y las raíces de sus problemas. En cambio, el fronterizo y el chicano sí. El fronterizo dice: “Bueno, yo tengo cholos⁵, ¿por qué tengo cholos?”. El chicano dice: “Bueno, a mí me consideran como un grupo aparte de la sociedad norteamericana, ¿por qué me consideran...?”. La persona de la capital nunca se va a preguntar: “¿por qué en Chihuahua hay castas?”. O sea, “¿por qué se diferencian más los ricos de los pobres?”. Como que aquí, al estar cerca de los Estados Unidos, al ver los problemas, que hay gente que busca su identidad... y el fronterizo busca su misma identidad ¡y allá no! Allá toda la vida han sido así, y ¡les vale un soberano cacahuete, si van a cambiar o no!

JOSÉ: —Entonces, ¿tú crees que el fronterizo ha creado su propia cultura o no tenemos cultura?

ESTEBAN: —¡No, al contrario! ¡El fronterizo tiene mucha más cultura que...!

José, que es nativo de Juárez, debe haber sentido música en sus oídos con lo que Esteban le estaba contando, ya que Esteban es oriundo de Ciudad Chihuahua y es por demás conocido en la frontera el resentimiento que se tienen ambas ciudades. Esto es así porque lo que Esteban está argumentando es que los fronterizos tendrían lo que podría considerarse como el mayor rasgo que toda cultura debería tener: reflexividad, algo que, según Esteban, parece faltarle a la cultura de su ciudad natal, supuestamente el “reservorio cultural del norte de México”. Adicionalmente, estos entrevistados no tienen problema alguno en reconocer que su propia búsqueda de una identidad fronteriza está altamente influida por la búsqueda chicana de su mexicanidad.

JUAN: —Sin embargo, yo como estudiante [*de El Paso*] me doy cuenta de que los chicanos tienen una búsqueda mucho mayor en

5. El cholo es usualmente miembro de una banda juvenil (*gang*).

cuanto a qué es la mexicanidad que nosotros mismos y que la gente del centro.

Estos son unos pocos ejemplos de una amplia variedad de narrativas que tienen el mismo objetivo: demostrar que Juárez y El Paso son, en realidad, una misma ciudad, dividida por un río/puente; que sus habitantes están tan cerca unos de los otros que pueden ser considerados “hermanos” o miembros de una misma familia. Así, a partir del uso de este tipo de metáforas muchos juarenses de clase media construyen sus identidades fronterizas, es decir, identidades de gente que vive cerca de la frontera México / Estados Unidos. Y la construcción de tal tipo de identidad es posible porque a través del uso de metáforas, categorías y narrativas, estos juarenses enfocan las semejanzas que ellos sienten que los “hermanan” con los habitantes del otro lado de la frontera. Como veremos enseguida, una identidad muy diferente es la que mucha gente construye en el lado estadounidense de la frontera.

Ciudad Juárez / El Paso: el dramático encuentro entre el Tercer Mundo y el Primer Mundo

En el lado estadounidense, las narrativas son muy diferentes. Como dijimos más arriba los paseños no tienen una categoría específica para referirse a su experiencia de habitantes de la frontera tal como la tienen los juarenses. Esto es así porque no sólo los paseños no ven ningún tipo de mejoramiento de sus identidades puntualizando su cercanía con un país del Tercer Mundo, sino también porque tienden a usar más un sistema clasificatorio étnico que uno regional, ya que la región es menos importante que en el lado mexicano para anclar una identidad social. Así, en el lado estadounidense de la frontera los discursos preponderantes se refieren a la etnia y a la nación, mientras que las narrativas regionales ocupan un lugar secundario. En El Paso, como en otras áreas del país, el discurso étnico es muy importante. Sin embargo, al tratarse de una ciudad fronteriza, dicho discurso se combina con un discurso de corte nacional que provoca una mezcla muy volátil según la cual cualquier cosa que quiera ser estigmatizada se presenta como mexicana. No es casual que en El Paso el nombre de la pobreza se pronuncie siempre en castellano, en un lugar donde ese idioma es sinónimo de mexicano. Así, los barrios pobres de la ciudad no son conocidos con los nombres que habitualmente circulan en el sentido común del resto de Estados Unidos (*slums*, *ghettos* o *shanty towns*), sino como “colonias”, y esto sucede independientemente del idioma en que se hable o de

la etnia del que habla. De manera similar, al *Second Ward*, uno de los barrios mexicanos más pobres y antiguos de El Paso, casi todo el mundo lo llama "Segundo Barrio", ya sea en contextos públicos como privados, y ese nombre se ha convertido casi en un sinónimo de pobreza en El Paso. En este contexto, el uso del español para hacer referencia a la pobreza mata dos pájaros de un tiro, porque ese idioma es, al mismo tiempo, la lengua que se habla en México, y la marca cultural de la comunidad mexicano-americana en Estados Unidos. Así, el uso del castellano para nombrar la pobreza en El Paso es una parte importante del discurso hegemónico local, que invoca, al mismo tiempo, a los dos sistemas clasificatorios de más preeminencia en la ciudad: el étnico y el nacional.

Teniendo en cuenta este telón de fondo, se entiende que muchos de mis entrevistados de clase media en El Paso, en vez de remarcar cuán semejantes se sienten en relación a los mexicanos y a su ciudad vecina, Juárez, hicieran exactamente lo contrario, es decir, recalcaran cuán diferentes se consideran en relación a estos últimos. Así, muchos paseños (sobre todo aquellos de origen mexicano) pasaron totalmente por alto aquellas cosas que comparten con los juarenses en términos de población y cultura. En su lugar, enfatizaron mucho más las diferencias económicas que separan a Estados Unidos de México. Esta noción de "otredad" fue expresada de variadas maneras. Aquí, sin embargo, sólo me concentraré en un tropo prominentemente usado en el lado estadounidense de la frontera, mientras que su uso fue muy esporádico del lado mexicano. Me estoy refiriendo a la expresión "país del Tercer Mundo vs. país del Primer Mundo". No por casualidad muchos de los entrevistados que usaron este tipo de tropo identificaron todas las fotos que mostraban pobreza como habiendo sido tomadas en Juárez, cuando en realidad la mitad de ellas fueron tomadas en El Paso.

CAROL: —Bueno, ¿qué me dices de toda esa gente en esas cajas de cartón? Están en un estado terrible, ¿no?

DEBBIE: —Ajá. No sé. Hay un montón de cosas que se relacionan con ser pobre.

CAROL: —Es cierto. Montones y montones de cajas de cartón apiñadas en esos viejos camiones cruzan a través del río.

LARRY: ...la autopista allí y el río son la única línea divisoria que yace entre este tipo de pobreza. Y luego, aquí, hay unas casas impresionantemente hermosas, negocios, comunidades, todo es como dos mundos separados por... algo de pavimento y un poquito de agua...

Aquí encontramos algo que fue prominente en la mayoría de mis entrevistas con gente de clase media en El Paso: el sentido de "otredad" que ellos sienten en relación a los mexicanos es tan profundo que no es suficiente caracterizar a El Paso y a Juárez como dos ciudades diferentes o pertenecientes a dos países distintos. Por el contrario, para expresar tal otredad tienen que ampliar las diferencias y describir las dos ciudades como pertenecientes a dos mundos diametralmente opuestos. Y si las dos ciudades pertenecen a mundos distintos, ¿por qué no identificarlos? De ahí la importancia del tropo "Tercer Mundo vs. Primer Mundo" que muchos de mis entrevistados paseños de clase media (anglos, afro-americanos y mexicano-americanos) usaron para describir la extrema "otredad" que ellos sienten que los separan de los juarenses. Esto fue precisamente lo que ocurrió en una de las entrevistas que mantuve con un grupo de anglos relacionados con Fort Bliss⁶:

HELEN: —Y esta fotografía, como dije antes, una calle más arriba, dos calles más arriba, digamos, se mira como, usted sabe lo que quiero decir... Y yo he estado en un país del Tercer Mundo en Europa también... Alemania Oriental y Alemania Occidental era la misma cosa.

PABLO: —Sí, pero Alemania Oriental era considerada como parte del Segundo Mundo...

HELEN: —¡Claro! Exactamente. ¡Todavía las condiciones no eran tan malas como éstas, claro!

Otra forma de usar el tropo "Tercer Mundo vs. Primer Mundo" (y de expresar el sentido de total otredad que ese tropo implica) es emplear el adjetivo "subdesarrollado" para caracterizar a Juárez. Esto fue precisamente lo que ocurrió en una entrevista que mantuve con un grupo de militares de origen afroamericano estacionados en Fort Bliss.

MILES: —Cuando miro cuidadosamente, ¿no?, cuando miro esta fotografía con mucho detenimiento, veo aquí... ah... subdesarrollado... Les he mostrado a mis niños todo esto cuando viajamos a lo largo de la autopista interestatal 10⁷. Les dije: "Sólo miren eso, es... uno se pone a pensar qué pensará la gente cuando miran desde el lado mexicano al lado estadounidense". Y... yo

6. Una de las bases militares localizadas en la zona. [Nota del editor].

7. Esa autopista cruza Estados Unidos de costa a costa y bordea el río justo entre El Paso y Ciudad Juárez. [Nota del editor].

veo subdesarrollo, yo veo un estado depresivo aquí y, le produce tristeza a mis ojos cuando veo esto... gente viviendo así, ah, calles sin pavimento y, casas sin ventanas...

La mujer de Miles, Billie, acuerda plenamente con su marido. De hecho, la pobreza extrema que ella piensa que caracteriza a Juárez es la razón principal por la cual desea abandonar la zona cuanto antes, para estar lo más lejos posible de tal tipo de pobreza que sólo un país del Tercer Mundo puede tener.

MILES: —Esto es lo que esta, esta fotografía me produce. ¿Tu tienes algún comentario sobre la misma?

BILLIE: —¡Sí, me veo yéndome de El Paso! Eso es todo [*Risas*].

Dado que estos entrevistados son militares y han viajado a través del mundo, no es sorprendente que también ellos hayan comparado lo que ven en el área de Ciudad Juárez / El Paso con lo que han presenciado en la frontera entre las dos Alemanias:

MILES: —Bueno, cuando miro aquí en esta foto, ah, me estoy yendo, parece que estoy dejando El Paso y yendo a México aquí. Me parece que dice "Bienvenido". Y al momento que me voy, me hace acordar a Berlín, dejando atrás Berlín occidental y yendo a Berlín oriental. Ah, los faroles de la calle eran bonitos y brillantes en Berlín occidental y tú manejabas a través de esa línea imaginaria y sólo tenías bombillos colgando de unos cables allí... Eso era realmente deprimente para mí. Y esta otra foto... habiendo vivido en Berlín, ésta se me parece como una pared imaginaria... el Río Grande/Bravo separando prosperidad de desesperación, digamos. Yo me pregunto cuánta gente arriesgó su vida en la frontera, para tratar de cruzarse y prosperar... Usted me entiende, cuanta gente sólo se sienta y mira, cada día, tratando de encontrar una, un medio para un fin, ¿me entiende?

"Primer Mundo vs. Tercer Mundo", "desarrollo vs. subdesarrollo", "prosperidad vs. pobreza", "esperanza vs. desesperación": estos entrevistados usan todas estas imágenes para expresar el profundo sentimiento de otredad que sienten en relación a Juárez y los mexicanos en general.

El sentimiento de otredad en relación a México es muchas veces expuesto también por los propios migrantes mexicanos y por la primera generación de mexicano-americanos que viven en El Paso. Esto fue lo que aconteció en una

de las entrevistas que tuve con un grupo de jóvenes mexicanos afiliados a una iglesia protestante. Así, de la misma manera en que anglos y afro-americanos lo hicieron con anterioridad, estos entrevistados diferencian a Juárez de El Paso en término de mundos, no de ciudades o países:

JOEL: —Es como, usted sabe, nosotros venimos de allá... Usted viene de allá, es como que usted está en un mundo completamente diferente, porque todo es tan distinto... Digo, usted viene para aquí y los edificios son bonitos, las calles están pavimentadas, las calles están de punta en blanco... es algo que usted conoce y aun así aprecia... En cambio allá, no era así, ¿no? Nosotros tenemos lo que ellos no tienen.

MIKE: —Es bastante más civilizado por aquí.

Aquí, el tropo "*Primer Mundo vs. Tercer Mundo*" se expresa a través de su equivalente "civilización vs. barbarie". La "barbarie" se identifica con todo aquello que estos migrantes mexicanos y primera generación de mexicano-americanos están más que contentos de haber dejado detrás.

Conclusión

Por todo lo expuesto, pienso que, al igual que muchos otros aspectos de la percepción humana, la homogeneidad y la heterogeneidad, más que ser algo en sí mismo, está en los ojos de quien observa. Así, en este artículo he tratado de mostrar cómo distintos procesos de construcción identitaria basados en el uso de tropos operan en diversos actores sociales a ambos lados de la frontera. De este modo, he puntualizado cómo para muchos mexicanos de clase media, una parte importante de su identidad fronteriza implica remarcar cuán conectados se sienten en relación a El Paso y los paseños. Para lograr su objetivo, estos juarenses mencionan un dato irrefutable de la vida fronteriza: el hecho de que la mayoría de las personas a ambos lados de la frontera son de origen mexicano, que muchas de ellas están realmente conectadas por lazos familiares, y que ambas poblaciones comparten varios aspectos de la cultura mexicana. Instrumental para este tipo de construcción es el uso (y abuso) de la metáfora de las "ciudades hermanas". Por el contrario, en el proceso de construcción identitaria de muchos paseños de clase media (más allá de su etnia), un reclamo exactamente opuesto es vital para sus narrativas identitarias: la necesidad de puntualizar cuán diferentes se sienten en relación a los mexicanos y a los juarenses. Para "probar" su punto de vista, estos entrevi-

tados puntualizan algo que también es incontrastable: la enorme diferencia económica que separa Juárez de El Paso. En aras de apoyar su construcción identitaria, estos paseños hacen uso extensivo del tropo “Tercer Mundo vs. Primer Mundo”.

¿Pero en realidad, Ciudad Juárez y El Paso son semejantes o muy diferentes entre sí? ¿Cuál de los dos tropos es el correcto: el de las “ciudades hermanas” o el de “Tercer Mundo vs. Primer Mundo”? La respuesta es que ninguno de los dos y ambos a la vez. El verdadero problema es que ninguna de las dos posiciones está mintiendo, pero tampoco ninguna de las dos está ofreciendo una descripción completa de lo que acontece en la región. Ambos tropos son selectivos en relación a qué aspecto en particular de una misma realidad compleja buscan enfatizar. Y este proceso de apropiación selectiva de lo real es crucial en todo mecanismo de construcción identitaria, ya que al contarnos sus historias (sesgadas, parciales, incompletas, monocolors) la gente avanza sus reclamos de coherencia acerca de sus propias vidas. Adicionalmente, aquello que es incluido u omitido en un discurso determinado hace plausible la anticipación de un particular tipo de futuro (Rosenwald y Ochberg, 1992: 9).

Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, Louis (1971) *Lenin and Philosophy and Other Essays*. Londres, New Left Books.
- ANZALDUA, Gloria (1987) *Borderlands / La Frontera*. San Francisco, Aunt Lute Books.
- BHAVNANI, Kum y Ann Phoenix (comps., 1994) *Shuffling Identifies. Shuffling Racisms*. Londres, Sage Publications.
- BURKE, Kenneth (1966) *Language as Symbolic Action*. Berkeley, University of California Press.
- BUTLER, Judith (1995) “Collected and Fractured: Response to Identities”, pp. 439-447 en Kwame Anthony Appiah y Henry Louis Gates Jr. (comps.) *Identities*. Chicago, The University of Chicago Press.
- CROCKER, J. Christopher (1977) “My Brother the Parrot”, en J. Christopher Crocker y J. David Sapir (comps.) *The Social Use of Metaphor*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press (pp. 164-192).
- DERRIDA, Jacques (1981) *Positions*. Chicago, University of Chicago Press.
- FERNANDEZ, James W. (1986) *Persuasions and Performances: The Play of Tropes in Culture*. Bloomington, Indiana University Press.
- FERNANDEZ, James W. (1991) “Introduction: Confluents of Inquiry”, en James W. Fernández (comp.) *Beyond Metaphor. The Theory of Tropes in Anthropology*. Stanford, Stanford University Press (pp. 1-13).

- FOUCAULT, Michel (1970) *The Order of Things. An Archaeology of the Human Sciences*. Nueva York, Vintage Books.
- FOUCAULT, Michel (1972) *The Archaeology of Knowledge*. Londres, Tavistock.
- FOUCAULT, Michel (1981) *The History of Sexuality*, Volumen 1. Harmondsworth, Penguin.
- FRIEDRICH, Paul (1991) "Polytropy", pp. 17-55, en James W. Fernández (comp.) *Beyond Metaphor. The Theory of Tropes in Anthropology*. Stanford, Stanford University Press.
- GARCIA CANCLINI, Néstor (1990) *Culturas híbridas*. México, Grijalbo.
- GOODMAN, Nelson (1978) *Ways of Worldmaking*. Indianapolis, Hackett.
- GROSSBERG, Lawrence (1996) "Identity and Cultural Studies Is That All There Is?", en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) *Questions of Cultural Identity*. Londres, Sage Publications (pp. 87-107).
- HALL, Stuart (1996) "Introduction: Who Needs 'Identity'?", en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) *Questions of Cultural Identity*. Londres, Sage Publications (pp. 1-17).
- JAKOBSON, Roman y Morris Halle (1956) *Fundamentals of Language*. The Hague, Mouton.
- JOHNSON, Mark (1987) *The Body in the Mind: The Bodily Basis of Meaning, Imagination, and Reason*. Chicago, University of Chicago Press.
- LAKOFF, George (1987) *Women, Fire, and Dangerous Things: What Categories Reveal About the Mind*. Chicago, University of Chicago Press.
- LAKOFF, George y Mark Johnson (1980a) "Conceptual Metaphor in Everyday Language", *The Journal of Philosophy* 77 (8): 453-486.
- LAKOFF, George y Mark Johnson (1980b) *Metaphors We Live By*. Chicago, University of Chicago Press.
- LEVI STRAUSS, Claude (1966) *The Savage Mind*. Traducido por George Weldenfeld. Chicago, University of Chicago Press.
- ORTNER, Sherry (1973) "On Key Symbols", *American Anthropologist* 75 (a): 1 338-1 346.
- QUINN, Naomi (1991) "The Cultural Basis of Metaphor", pp. 56-93, en James W. Fernández (comps.) *Beyond Metaphor. The Theory of Tropes in Anthropology*. Stanford, Stanford University Press.
- RIESSMAN, Catherine Kohler (1993) *Narrative Analysis*. Newbury Park, Sage.
- ROSALDO, Michelle (1972) "Metaphor and Folk Classification", *Southwestern Journal of Anthropology* 28 (1): 83-99.
- ROSALDO, Renato (1989) *Culture and Truth. The Remaking of Social Analysis*. Boston, Beacon Press.
- ROSENWALD, George y Richard L. Ochberg (1992) "Introduction: Life Stories, Cultural Politics, and Self Understanding", pp. 1-18, en George Rosenwald y Richard Ochberg

- (comps.), *Storied Lives. The Cultural Politics of Self Understanding*. New Haven, Yale University Press.
- SAPIR, J. David. (1977) "The Anatomy of Metaphor", pp. 3-32, en J. Christopher Crocker y J. David Sapir (comps.) *The Social Use of Metaphor*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- SPENER, David (1996) "Catolicismo y mexicanidad: una narrativa desde la frontera norte", *Frontera Norte* 8 (15): 57.
- SPENER, David (1997b) "Hacia una reconsideración de la antropología visual como metodología de investigación social". *Estudios sobre las culturas contemporáneas Epoca II*, Volumen III, Número 6: 125-167.
- TURNER, Victor (1974) *Dramas, Fields and Metaphors*. Ithaca, N.Y., Cornell University Press.
- VILA, Pablo (1996) "Catolicismo y mexicanidad: una narrativa desde la frontera norte", en *Frontera Norte* 8 (15): 57.
- VILA, Pablo (1997a) "Narrative Identities: The Employment of the Mexican on the U.S.-Mexico Border", en *The Sociological Quarterly* 38 (1): 147-183.
- VILA, Pablo (1997b) "Hacia una reconsideración de la antropología visual como metodología de investigación social", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas Epoca II*, vol. III, nro. 6: 125-167.
- VILA, Pablo (1998) "The Competing Meanings of the Label Chicano in El Paso", en Kathy Staudt y David Spener (comps.), *The U.S.- Mexico Border: Transcending Division, Contesting Identities*. Boulder, Co, Lynne Rienner Publishers.
- VILA, Pablo (en prensa) *Crossing Borders. Reinforcing Borders. Interpellations, Metaphors and Narrative Identities on the U.S./Mexico Frontier*. Austin, University of Texas Press.